

DE VAQUERO A MILLONARIO

POR HOOT GIBSON



BIBLIOTECA TRÉBOL

N.º 32

Publicación semanal

PRECIO : 26 CÉNTS.

Vicente Teruel

BIBLIOTECA TRÉBOL

BROADWAY OR BUST
1924

DE VAQUERO A MILLONARIO

Notable producción cinematográfica

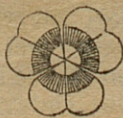
por

HOOT GIBSON

Arreglo literario de
Ricardo F. Blanco

Exclusiva

HISPANO AMERICAN FILM, S. A. E.
Calle Valencia, número 233 : Barcelona



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PARÍS, 204 : BARCELONA

DE VAQUERO A MILLONARIO

Con una alegre fiesta celebra Virginia Redding, elevada de modesta muchacha lugareña a propietaria del Rancho «Girasol» por la muerte de un tío suyo, su próxima partida para Nueva York.

En la burguesita morada todo es alegría y buen humor.

Sin embargo, David Holles, un modesto vaquero, siempre tan jovial de suyo, no parece estar muy satisfecho de la marcha de su novia, que lo es Virginia, ni de la de los acontecimientos.

En efecto, desde que la muchacha cambió de posición social se ha ido enfriando visiblemente su afecto hacia él y este enfriamiento, este desvío, se evidencian de manera indudable con motivo de la fiesta de despedida.

La velada está casi a punto de terminar y David no ha conseguido que Virginia le

conceda la merced de dedicarle un baile. Por el contrario, todos o casi todos los ha bailado con uno de los pollos de la localidad, que aunque no sea su ideal de ahora, ni mucho menos, se diferencia bastante del tosco David.

De ello se han apercibido los colonos de Virginia, quienes no encuentran justificado el cambio que se ha operado en la muchacha y así lo comentan.

— A esa chica se le han indigestado los cuatro chavitos que le ha dejado su difunto tío... ¡Ya lo ves!... En toda la noche no ha bailado con él — dice el colono a su mujer, y ésta le contesta :

— Ya daría ella cualquier cosa porque todos los muchachos con que tropiece en Nueva York sean la mitad de buenos que David.

Y David ya no puede aguantar más aquel desvío, y acercándose a la chica, mejor dicho, aprovechando un momento en que ésta descansa al lado siempre de su constante compañero de baile, el señorito, le dice :

— ¿Podríamos bailar el siguiente?

Virginia insinúa un gesto afirmativo ; pero apenas los músicos lanzan las primeras notas, se deja arrastrar de nuevo por su pareja y burla una vez más a su prometido.

Esto colma la medida de la paciencia del vaquero, quien aprovechando el final del baile aquel, se encara con el hombre que parece querer monopolizar a Virginia y cruza con él unas frases casi retadoras.

Y sólo así consigue ver a su novia en sus brazos por primera vez aquella noche.

Pero como lo que él desea no es bailar precisamente, sino poder hablar, poder concretar la situación en aquellos momentos definitivos de la marcha de ella, logra hacerla salir al jardín, y una vez sentado a su lado sobre un rústico banco, aborda la cuestión.

— ¿Vas a anunciar oficialmente nuestras relaciones antes de irte a Nueva York, Virginia? — le pregunta.

Hay una pausa prolongada, harto elocuente, y al cabo de unos instantes se atreve a decir Virginia :

— No, David... Seremos buenos amigos, si quieres... Pero no hablemos de casamiento... Las cosas han cambiado... Debes comprender que estoy ahora en un plano más elevado, que mi nueva posición exige que alterne solamente con gente de mi clase...

Si la tierra se hubiese abierto bajo sus pies no hubiese hecho mayor efecto en el ánimo de David que el producido por las palabras de Virginia.

Comprendiendo que ya allí no pinta nada, llama a Jeff, su inseparable compañero, ensimismado, desde que empezó la fiesta, en ver que se acababa antes que su apetito o las vándas allí acumuladas, y se marcha con él.

Y así llega el día siguiente, que es el señalado para la partida de Virginia, a la que

acude a despedir el vecindario en masa, y entre el vecindario el pobre David, en cuyo pecho alienta aún una esperanza.

Mas la realidad se encarga de desvanecerla bien pronto; lo que tarda en ver que un puñado de flores, que entregó a la joven como delicada ofrenda de despedida, yacen en el suelo pisoteadas, heridas de muerte, como lo está su corazón...

David las recoge, las contempla un instante amargamente, mientras Virginia se aleja, y las arroja, por último, lejos de sí, echándose, lloroso y acongojado, en brazos de Jeff. Ambos regresan a casa de David.

La modesta vivienda del vaquero le parece aquel día más sórdida y más miserable que nunca, y también le parece más estéril y más infecunda la pequeña porción de tierra que la rodea.

Jeff, que se da cuenta del estado de ánimo de su compañero, se aventura a hacerle la siguiente reflexión:

— ¡Estoy cansado de decírtelo! ¡Las mujeres son nuestra perdición! ¡A mí han sido lo único que me ha quitado el apetito en el mundo!

¡Pero para reflexiones está David! Las palabras de su camarada no hacen otra cosa que excitar más sus nervios y se levanta trémulo, arrojando lejos de sí la silla en que se hallaba sentado.

— ¡Está más « chiflao » que un pito! — ex-

clama Jeff, por todo comentario, al ver la desesperación de su compañero.

* * *

Así pasa un día, dos, tres... ¡no sabemos cuántos! Para David Holles no hay consuelo, al parecer.

Apoyado junto a la cerca de madera que circunda su casa, ve deslizarse las horas sin voluntad para nada.

Sin embargo, pronto le saca de su ensimismamiento un hecho inesperado, providencial, de esos que el Destino de las criaturas se complace en preparar para hacer la dicha de sus elegidos...

Por el camino que conduce a la pequeña hacienda de David avanza un automóvil ocupado por dos caballeros. Apenas ha llegado el coche frente al lugar en que se halla el vaquero, desciende uno de sus ocupantes, se encara con David y le pregunta:

— ¿Está por aquí el propietario de este terreno? Désearía hablar con él.

— El propietario soy yo. ¿Qué desea usted? — le responde David.

— Me gusta este terreno... ¡Si lo vendiera usted!

El vaquero, sorprendido por esta proposición que no podía esperar ni remotamente,

guarda silencio, que es interpretado por el desconocido como precursor de una negativa; pero como está decidido a comprar, se anticipa a toda respuesta y concreta su oferta:

— ¿Que le parecerían veinticinco mil dólares? — pregunta.

David cree que aquel hombre está loco. ¡Ofrecerle veinticinco mil dólares por una parcela de terreno que apenas tiene valor!

Y como es un hombre honrado y no quiere engañar a nadie, se atreve a argüir:

— No, señor... Es imposible que nadie que tenga su juicio sano...

El comprador, que interpreta torcidamente estas palabras, no le deja terminar la frase.

— ¡Vamos!... ¡Le daré cincuenta mil! — le dice.

— No corra tanto... Primero tiene usted que saber que este terreno no... — contesta el vaquero en su deseo de sacar de su error al caballero aquél, pero la sinceridad con que está hablando sigue siendo tergiversada por la impaciencia de quien le escucha, mejor dicho, de quien no quiere escucharle.

— ¡Bueno!... ¡Bueno!... ¡Dejémoslo en cien mil dólares y no hablemos más! — insiste aún el desconocido.

— Pero, escuche. Es preciso que sepa usted lo que realmente vale este terreno — insiste David, sin que su interlocutor le deje concluir.

— ¡Ah, vamos! ¡Lo comprendo todo!... ¿Le



Y llegó el día siguiente, que era el señalado para la partida de Virginia

han dado el soplo y ya lo sabe usted todo? Pues, b'en, hablemos claramente... ¿Es usted capaz de rechazar fríamente un millonaje?

El vaquero no sale de su asombro, ni sabe qué responder, pero al fin dice:

— ¡No!... ¡Me parece que no sería capaz! ¡Qué más puede oír el comprador! Como qu'en no quiere dejar escapar la ocasión que se le presenta, echa mano a su b'en repleta cartera y coloca en las de David varios fajos de billetes, completando la suma del millón con un cheque.

— Este cheque puede usted negociarle en en el Banco mismo del pueblo — le dice mientras le hace firmar el oportuno compromiso de venta y el recibo de la importante suma.

Y cuando se encuentra ya encaramado en su automóvil dispuesto a emprender la marcha, tiene aún la osadía de decir al ensimismado David :

— Puede usted afirmar que es un hombre afortunado, pero, con todo, los yacimientos de radio que hay debajo de sus pies valen algunas docenas de millones. Podría usted haber sacado más si se hubiese mantenido firme en no vender.

Y se alejó en su auto, dejando al vaquero sumido en un mar de confusiones, pero con las manos y todos los bolsillos llenos de billetes de Banco.

David se dirige con paso vacilante por la emoción producida por aquello que le parece un sueño, a su barraca, donde está Jeff.

— He vendido la casa y estos cuatro palmos de terreno por una bagatela. Mira...

Jeff mira, en efecto, y cae a tierra desvanecido ante la contemplación de tanto dinero, pero no tarda en recobrar el sentido, pues David le hace aire con un fajo de billetes, y no cabe duda que el viento que producen esos tentadores papelitos es capaz de resucitar a un muerto...

Convencidos David y Jeff de que aquello

no es sueño, sino una venturosa realidad, se dispone aquél a contar su fortuna, no sin antes tener un rasgo de desprendimiento para con su compañero de fatigas.

Cuando se halla entregado a la dulce tarea de contar los billetes, sus ojos se fijan en el catálogo de unos almacenes que se encuentra sobre la mesa, y la ocasión se le brinda bien propicia para dar inversión a unos cuantos cientos de dólares.

— ¡Por primera vez en nuestra vida vamos a poder comprar todo lo que se nos antoje!

Y, dicho y hecho. Dos días después la modesta vivienda del vaquero parece un verdadero bazar, y tanto él como Jeff pueden cambiar su deteriorado indumento por unos ternos flamantes ; unas botas de ranchero acaudalado y unos sombreros de anchas alas, nuevos y lustrosos.

Al contemplarse David al espejo tan fastuosamente ataviado, no puede por menos de exclamar, dirigiéndose a Jeff :

— Espera que nos vean en Nueva York. ¡Vamos a dar el golpe!

— Por de pronto verán lo que es vestir bien — le responde su amigo ingenuamente.

Y dispuesto todo para el viaje, llega el momento de la partida.

La despedida que sus convecinos les dispensan es de lo más solemne que puede imaginarse y como corresponde, verdad es, a dos personajes como ellos, que hasta se permiten

el lujo de llevar consigo a sus dos caballos y a un criado para atenderlos.

En tanto, al otro lado del continente, en la residencia de la muy ilustre señora de Morganfeller, Virginia Redding refleja las impresiones de su nueva vida en la siguiente carta, dirigida a sus colonos del Rancho « Girasol ».

« Estoy pasando unos días en el más aristocrático de los palacios de Long Island, el Paraíso de la gente bien ».

Pero de lo que nada dice es de la serie de adoradores que revolotean en torno de su dinero, los unos, y de su inocencia los otros, y entre los que figura un « pollo bien »... bien tonto, que no sabe hablar más que de las extensas llanuras... de los verdes prados... de las maravillosas y fantásticas cosas del pintoresco Oriente, y preguntarle si es verdad que allí los vaqueros usan elr evólver hasta para espantarse las moscas.

Y había llegado el momento tan deseado por David Holles de lo que él llamaba « dar el golpe » en la gran metrópoli neoyorquina.

* * *

Apenas ponen el pie en la fastuosa urbe inquierén cuál Hotel es el de más fama, y como se les diga que el Majestic, a él se diri-



Convencidos David y Jeff de que aquello no es sueño, sino una dichosa realidad...

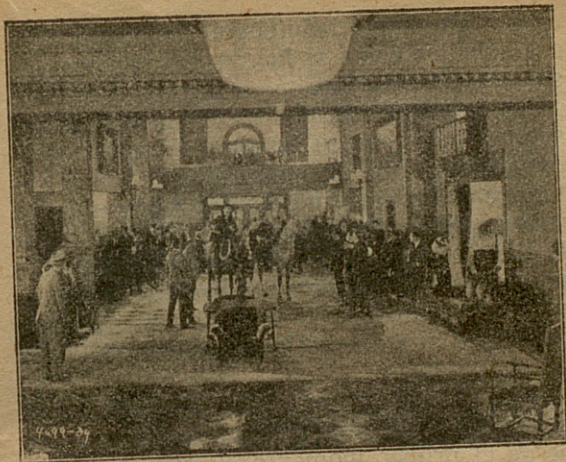
gen, seguidos de su servidor y de sus dos corceles.

La entrada en el aristocrático establecimiento produce un movimiento de curiosidad, que se convierte en asombro al solicitar David una habitación contigua a la suya para sus dos caballos, oponiendo, por toda razón, ante los obstáculos que parecen existir para satisfacer tan raro capricho, la de que no puede haber inconveniente en que se alojen dos caballos allí, donde hay alojado tanto burro, siquiera sean de dos pies.

El dueño del Hotel duda, vacila, pero uno de sus empleados, con un gran sentido práctico, le hace observar que ello va a constituir un estupendo reclamo gratuito, ya que toda la Prensa se ocupará de la excentricidad del enriquecido vaquero.

Y ante argumento tan tentador el hoteleiro accede a los deseos de su huésped, y hete aquí la solemne entrada de los dos nobles brutos por entre una doble fila de asombradas damiselas y estupefactos caballeros, que comentan sabrosamente el rasgo de aquel nuevo rico, como comentan su atolondramiento ante la solicitud de los « botones » del Hotel para conducirles las maletas y su asombro al suponer que se les destina como habitación el ascensor a que se les invita a entrar para conducirles al piso superior, donde quedan instalados, al fin, en un cuarto con dos camas que, pareciéndole cosa rara a David, monta una sobre otra, a guisa de litera de barco, acomodándose él en la de abajo y Jeff en la de la parte superior.

Pero surge el primer conflicto de los que eran de esperar, al intentar apagar la luz que irradia la lámpara eléctrica de la habitación, cosa completamente nueva para David y para su amigo, quien sopla con toda la fuerza de sus pulmones, claro que infructuosamente, hasta que, ¡vaqueros al fin!, confirman plenamente lo que se supone costumbre de la gente del Oeste, de usar el revólver para todo,



Y hete aquí la solemne entrada de los dos nobles brutos...

apelando a tan expeditivo procedimiento, como lo es un tiro, para lograr verse en las tinieblas y poder conciliar el sueño, sin preocuparse poco ni mucho de la alarma que producen, y de que mientras ellos roncan, en el Hotel todos velan temerosos de las ingenuidades de los excéntricos viajeros.

Y así llega la mañana siguiente, en la que la muy ilustre señora de Morganfeller tiene ocasión de enterarse por un periódico del arribo al Majestic Hotel de los dos genuinos representantes del Oeste, hombres muy ricos

ellos y que han « dado el golpe » instalando a sus caballos como si fueran dos personas de su misma categoría.

La señora Morganfeller enterada del original acontecimiento a su huésped, Virginia Redding, quien sabe disimular su sorpresa al enterarse de quiénes son los dos millonarios de referencia, y, deleitándose de antemano por lo deliciosa que debe ser la charla de tales personajes, se dispone a ir al Hotel para invitarles a tomar el te con ellas al siguiente día, te al que debe asistir también el Conde de Salcerebos.

Pero veamos qué pasa en el Majestic Hotel. Es la hora del almuerzo. Como qu'era que desde el primer momento el exótico viajero ha dado pruebas de una gran esplendidez prodigando los billetes acá y allá, excusado es decir que todo el personal del Hotel se desvive por servirle.

Así, pues, el *maitre d'Hotel* hace acto de presencia en la habitación de los vaqueros para ofrecerles sus servicios y preguntarles cuándo y qué quieren almorzar, dándoles a elegir de una lista de platos que deben ser cosa exquisita, indudablemente, pero que, por la circunstancia de estar en francés, resultan incomprensibles para David y para Jeff, hasta que harto aquél de oír citar viandas y más viandas y continuar en ayunas, dice al solícito jefe de servicios :

— ¡Déjese de camelos y traiga de comer!...

¡Ah, y ponga una bala de heno y dos cubos de agua para los caballos!

El almuerzo, de los más « fin de siglo » que puede darse, constituye un suplicio para David y su camarada, quienes pugnan por gozar de los deliciosos manjares que les son servidos, pero como ello constituye un problema de difícil solución, no estando habituados a tales finuras, pasan por la dolorosa prueba de quedarse sin comer, lo que no es muy grato nunca y menos cuando se tiene el bolsillo bien repleto y el estómago vacío.

* * *

Ya más entrada la mañana, David y Jeff se ven sorprendidos por el anuncio de que « los chicos de la prensa » desean entrevistarse con ellos para entrevistarlos. Los vaqueros no oponen la menor dificultad y los reporteros penetran en su cuarto provistos, como es natural, de la indispensable cámara obscura, para la no menos indispensable *pose*.

La obtención de un retrato por medio del magnesio proporciona un susto mayúsculo a David y a Jeff, pero no es menor el del fotógrafo y sus acompañantes al verles esgrimir, para defenderse de lo que suponen un ataque, sus famosos revólveres completamente del Oeste.

— ¡Como vuelvan ustedes a sacar otro chisme de esos, va a haber ensalada de tiros — les dice David.

A las preguntas de los periodistas, relativas a la impresión que ha hecho en ello Nueva York, responde David :

— ¿Nueva York?... ¡No está mal!... Pero tiene mucho que aprender de mi pueblo, allá, en Arizona.

Esta visita es interrumpida por la mucho más grata de la muy ilustre señora de Morganfeller, de la que el *maitre d'Hotel* es dice que es el más alto honor para ellos el recibirla.

La encopetada dama puede ver satisfecho, al cabo, su deseo de conocer a tan extraordinarios forasteros.

Como la conversación de éstos, nunca muy locuaces y menos en aquella situación tan violenta para ellos, no da mucho de sí, la Morganfeller pregunta a Holler :

— ¿Le gusta a usted la metrópoli?

— Señora... ¡No sé!... Nunca lo he comido

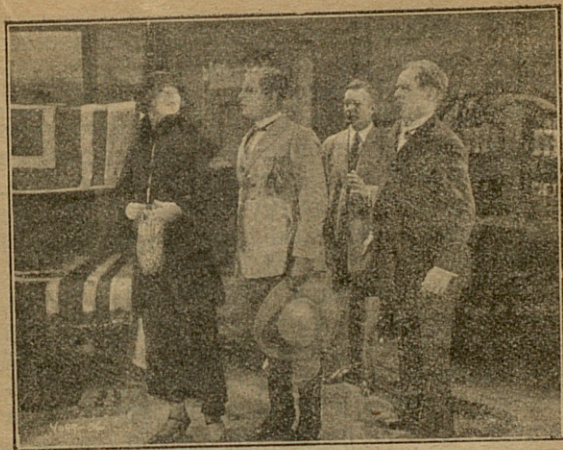
— contesta, azoradísimo, el vaquero.

— ¿Es cierto que ha tomado usted habitación para sus caballos? — dice la dama.

— ¡Pues, claro! ¿Qué, quiere usted verlos?

Y todos pasan al cuarto contiguo, donde los nobles brutos sestean como dos seres racionales, sin que falte a su acomodo el menor detalle.

Cuando la muy ilustre señora de Morganfeller se dispone a dar por terminada su visita,



¿Es cierto que ha tomado usted habitación para sus caballos?

cumple el plan que se trazara de invitar al te a los vaqueros.

— Sería un verdadero placer para mí — les dice — que vinieran ustedes a mi te de mañana... Traje de tarde, naturalmente.

David y Jeff se quedan con la boca abierta...

— ¿Qué tiene de particular esta ropa? — se preguntan.

* * *

Han pasado veinticuatro horas y llega la del te en casa de la señora de Morganfeller.

Los salones de su palacio ofrecen aspecto deslumbrante. La aristocracia del saber, de la sangre y del dinero se ha dado cita en ellos.

Pero si allí todo es lujo y fastuosidad, no les va en zaga el derroche de que hacen alarde David y Jeff para presentarse dignamente.

Su aparición constituye el mayor aliciente en la fiesta, que de tal tiene proporciones el te de la señora Morganfeller.

Entre las personas allí presentes figura, como es natural, Virginia Redding, ante cuya presencia David Holles aparenta la mayor indiferencia, como si no la conociera, materialmente. Esto hiere el amor propio de la muchacha, y en la primera ocasión que se le presenta se encara con su ex novio y le pregunta :

— ¿A qué viene esta comedia? ¿Es que no quieres ni reconocermé?

David aprovecha la oportunidad para devolver a Virginia las frases con que ella le hirió, allá, en su pueblo, la noche de su partida para Nueva York.

— Debes comprender — le dice — que estoy ahora en un plano más elevado. Que mi nueva posición exige que alterne solamente con gente de mi clase...

Pero no obstante esta aparente indiferencia, al tener ocasión David de observar que el Conde de Salcerebos mira y persigue a Virginia con demasiada asiduidad, le hace la siguiente *cariñosa* advertencia :

— ¡Eh, maestro! ¡Como se propase usted con esta muchacha, se me va a ir la mano y va a haber saldo de muelas.

Mas el Conde, firme en un plan que acaricia, no abandonaba su presa.

Precisamente para el siguiente día prepara una excursión en su yate de recreo y a ella invita a Virginia, aparentando no dar la mayor importancia a esta invitación, que constituye, por otra parte, toda la razón del proyectado crucero marítimo, como tendremos ocasión de ver más adelante.

Claro que qu'en tampoco puede dejar de asistir es la muy ilustre señora de Morganfeller, la que ateniéndose a aquello de que : « Un convidado convida a ciento », invita, a su vez, a David y a su compañero Jeff.

Y helos aquí a todos a la otra tarde, a bordo, mecidos, un tanto violentamente, por el oleaje, cuyas sacudidas producen efecto desastroso en los estómagos de ambos vaqueros.

A medida que la embarcación avanza, el Conde de Salcerebos avanza también en la voluntad de Virginia, a la que asedia sin cesar valiéndose del lamentable estado en que se encuentra David Holles.

— Cuando lleguemos al desembarcadero — dice a la joven — quiero llevar a usted a tierra. Los otros invitados se reunirán con nosotros en el Pabellón de Caza.

La intención del Conde no puede ser más

perversa, pero la inocente Virginia no se da cuenta de ello.

En efecto, el Conde, aprovechándose de que los demás expedicionarios están distraídos y de que la muy ilustre señora de Morganfeller departe con David Holles y con Jeff, convertidos en dos seres cadavéricos por efecto del mareo, manda preparar una gasolinera y salta a ella con Virginia, apenas el yate se aproxima al desembarcadero.

En tierra les aguarda un auto, lo que evidencia que Salcerebos lo tenía todo dispuesto para facilitar el logro de su maquiavélico plan.

La muy ilustre señora de Morganfeller no tarda en darse cuenta de la fuga, y, celosa sin duda, entera a David de ella, añadiendo el siguiente breve, pero intencionado comentario:

— El Conde de Salcerebos ha saltado a tierra con la señorita Virginia Redding... Es una lamentable inconveniencia, que puede dar que hablar. Indudablemente se la lleva a su Pabellón de Caza... ¡y va sola!...

Entonces y sólo entonces comprende David el serio peligro que amenaza a Virginia, su adorado bien, a quien no ha dejado de amar, pese a todos sus disimulos y a toda su opulencia, y, ligero como un corzo, manda preparar un bote en el que parte, seguido por Jeff, en persecución del raptor de su anhelado bien...



Y todos pasan al cuarto contiguo, donde los dos caballos seestean como dos seres racionales

* * *

Casi simultáneamente llegan el Conde y Virginia al Pabellón de Caza, distante unos kilómetros del desembarcadero, y los dos vaqueros a tierra.

— Esta carretera que bordea la colina es la que nos ha dicho la señora aquella que debemos seguir — dice David, emprendiendo la marcha después de dudar unos instantes.

El camino es largo y tortuoso, y a no ser porque la Providencia, tan propicia para todo buen amante, pone a su disposición dos caballos abandonados, momentáneamente, por unos paseantes, todos sus esfuerzos hubiesen resultado vanos para evitar que Virginia cayese en el lazo que se le tenía preparado.

Mientras ellos caminan a todo el correr de los corceles hacia el Pabellón de Caza, el Conde de Salcerebos intenta, amablemente primero y por la violencia después, la conquista de Virginia, sabroso fruto, cuya posesión venía paladeando desde hacía tiempo.

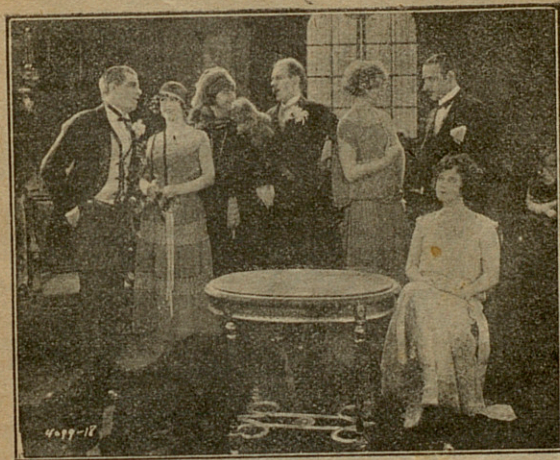
La joven se defende bravamente, mas cuando está a punto de sucumbir, agotadas sus débiles fuerzas, la oportuna llegada de David Holles evita el bárbaro atropello.

El Conde y el vaquero luchan. El mayordomo de aquél avisa a la policía, que llega inmediatamente, y mientras el Conde trata de justificarse ante los agentes, David y su amada logran ponerse a salvo saltando por una ventana.

Una vez que han conseguido llegar a la costa pueden respirar tranquilos y hasta dar por terminada la comedia de mutuo olvido.

— ¿Estarás muy satisfecha? — dice David a Virginia; y añade. — ¡Si la policía te hubiera encontrado allí hubiera sido un bonito tema para la murmuración!

— ¿Podrás perdonarme alguna vez, David?



¿A qué viene esta comedia? ¿Es que ya no quieres ni reconocermé?

— pregunta la joven a su leal compañero de otros tiempos.

— ¡Perdonarte! — dice éste. — ¡Vamos a anunciar oficialmente nuestra boda antes de partir para Arizona!

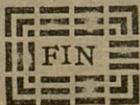
Y como si le hubieran llamado con campanillas aparece Jeff por entre los riscos.

— Te presento a mi futura — es la contestación que da David a su saludo.

— Y ahora te vas corriendo a la estación más cercana — prosigue — y compras tres

billetes para el Oeste... el de las extensas llanuras... el de los verdes prados...

Y un beso, el eterno beso de toda reconciliación amorosa, refrenda el pacto de felicidad eterna, lejos del bullicio y de los peligros de Nueva York.



BIBLIOTECA TREBOL

La colección cinematográfica más interesante y más barata

TÍTULO DE LOS CUADERNOS PUBLICADOS

EL ÚLTIMO VARON SOBRE LA TIERRA por E. Fox
EL PODER DEL QUE ES HONRADO por W. Desmon
VIVIR DE MILAGRO, por Bebe Daniels.
HOMBRES EN BRUTO, por Jack Hoxie.
EL TRIBUTO DEL MAR, por Anna May Wong.
ENAMORADA DEL AMOR, por M. de la Motte.
LA DAMA PINTADA, por G. O'Brien y D. Mackaill.
LA MARCA DE LA VANIDAD, por Billie Dove.
CON LA ESPADA AL CINTO, por Martha Masfield.
LAS HIJAS DE LA NOCHE, por Orville Caldwell.
EL TERCO, por Tom Mix y Doris May.
NUESTRAS ESPOSAS, por Dorothy Phillips.
IDILIO ACCIDENTADO, por Wanda Hawley.
POR LLEVAR LA CONTRARIA, por Charles Jones.
WING TOY, por Shirley Mason.
EL REY DEL LAZO, por Charles Jones.
CASADO DE PASO, por Edmund Lowe.
EL TEMERARIO, por Reed Howes.
POR OTRA MUJER, por Kenneth Harlan.
EL EXPRES DE MEDIA NOCHE, por W. Haines.
EL NOVIO DE ULTRAMAR, por Shirley Mason.
¡ADELANTE MALACARA! por Tom Mix.
EL NIÑO PRODIGIO, por Charles Ray.
COMO AQUELLA MUJER, por Ricardo Cortez.
CAMBIO DE IDENTIDAD, por Jack Hoxie.
MACISTE Y SU SOBRINO, por B. Pagano.
POR LA SENDA DEL BIEN, por Cayena.
CREANDO UN HOGAR, por Alice Joyce.

PRECIO: 25 CÉNTIMOS

1000

DIRECCIONES DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS



Conocedores de la utilidad que ha de tener un libro con las direcciones de los principales artistas de la pantalla y casas productoras, nos hemos decidido a publicar el tomo, que ofrecemos a nuestros lectores



Precio de este interesantísimo libro :
U N A P E S E T A



BIBLIOTECA PERLA

Tomos publicados

- LA LLAMA DEL AMOR, por Pauline Frederick.
JURAMENTO OLVIDADO, por Mary Kid y Michel Varkon.
LO QUE CUESTA EL PLACER, por Virginia Vall y Jaime O. Barrons.
AMBICIÓN CIEGA, por Eleanor Boardman.
¿Y ESTO ES EL MATRIMONIO?, por Eleanor Boardman.
CON LA MEJOR INTENCIÓN, por Constance Talmadge.
UN MENSAJE DE ÚLTIMA HORA, por Gladys Hulette.
SOMBRAS DE LA NOCHE, por Madge Bellamy.
EL PREMIO DE BELLEZA, por Viola Dana.
LA LEY SE IMPONE, por Artur Hall y Mimi Palmerl.
DESOLACIÓN, por George O'Brien.
SUBLIME BELLEZA, por Andrey Munzon.
CASADO CON DOS MUJERES, por Alma Rubens.
EL DESTINO DE LOS HIJOS, por Henny Porten.
EL CABALLO DE HIERRO, por George O'Brien.
ALEJANDRITO EL MAGNO, por Marion Davies.
NINICHE, por Ossi Oswalda.
DESTINO... por Isabelita Ruiz.
LA MÁSCARA Y EL ROSTRO, por Margarita de la Motte.
CARNE DE MAR, por George O'Brien.
ANA MARÍA, por Henny Porten.
EL HUERFANO DEL CIRCO, por A. Nox y I. Langlais.

Precio de cada tomo

60 céntimos